

# Educación



“Dele un pez a un hombre hambriento y lo alimentará por un día. Enséñele a pescar, y lo estará alimentando por el resto de su vida”. (Proverbio chino)

¿Quién nos prepara a los hombres para ser humanos?  
¿Cómo y dónde se nos abren las fuentes de la humanidad para vivir gozosamente en el mundo, sin sucumbir a la barbarie o la desesperanza?

Ya Sócrates se admiraba de que hubiera escuelas que preparaban a los jinetes, a los marineros, a los herreros y a los soldados para el ejercicio de su profesión futura y, en cambio, no había escuelas que preparasen para ser hombres.

La educación de nuestros hijos es una de las funciones sociales básicas que cumplimos las familias en todas las sociedades y en todos los tiempos, aunque lógicamente con contenidos y formas distintas según el tiempo y el lugar. En Europa todos enseñamos, pero pocos se atreven a educar, a proponer verdad, enunciar valores, ofrecer ideas de vida personal y proyectos de existencia comunitaria, que vayan más allá de la economía y la política.

El término educación, sin embargo, tiene un significado muy ambiguo, pues engloba tanto actos dedicados a transmitir determinados conocimientos y capacidades, como objetivos más generales, como transmitir valores y actitudes hacia la vida y las relaciones con los demás, forjados en la convivencia familiar y en sus efectos sobre la personalidad de cada uno. Esta educación la compartimos con el colegio/escuela elegido para formar personas autónomas, con sentido crítico, requiriendo acordar con ellos formas de convivencia y grados de participación en la planificación de actividades y estrategias pedagógicas, atención diligente a sus diferencias, invitación al debate respetuoso, a corresponsabilizarse.

El proyecto de la Unión Europea avanza acercando y unificando en casi todos los campos: economía, finanzas, política, derecho, seguridad, comercio, legislación universitaria. La educación

del hombre, sobre ese fondo de historia europea del siglo XX/XXI, se encuentra amenazada por dos oquedades: por un lado, los dogmatismos, la militancia y el proselitismo; por otro, la técnica pura y dura, a la que siguen la desaparición del sentido, el desaliento y la desmoralización.

El sociólogo G. Lipovestky ha descrito esta sociedad con los títulos: “La era del vacío” y “El crepúsculo del deber”.



Tarea, por tanto, de ofrecer verdad, crear sentido, engendrar esperanza, refundar ilusión moral y desde ella el deber, otorgar potencia espiritual para servir al bien social y la justicia.

Educar es convertir a alguien en persona. Y ser persona es sacar lo mejor de un mismo, condición indispensable para alcanzar la reciprocidad con los demás.

Decía Hodding Carter: “Solamente podemos aspirar a dejar a nuestros hijos dos legados duraderos: raíces y alas”. Raíces para que sepan y no olviden quienes son, y de dónde vienen, a qué familia, historia, pueblo y creencia pertenecen; y alas para que, apoyándose en esas raíces, puedan volar. Raíces que les den firmeza y entidad, sin atar e impedir la vida; y alas que les permitan volar, pero con rumbo, con sentido, sabiendo de quien son herederos y qué legado van a dejar, enriquecido con su propia vida, con su propio vuelo.



**Antonio Iguacen**